AÑO VIII. 1.º DE OCTUBRE DE 1876. NÚM. 19.

EL ESPIRITISMO.

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.º y 15 de cada mes.

LA CONFESION.

Materia es esta muy debatida y presentada bajo tantos aspectos, que difícilmente entendemos que haya cosa nueva que decir para ilustrar las conciencias, que sinceramente desean descargarse del peso abrumador de los delitos y faltas que se agitan en el foro interno de nuestra alma. Y con todo, estamos persuadidos de qúe cuantas más ocasiones se nos presentan para hacernos pensar reiteradamente en una materia cualquiera, cuantas veces fijamos en ella nuestra atencion, más detalles conocemos, más número de puntos de contacto con otras cuestiones, que nos son ya conocidas, nos hacen percibir, y más en aptitud nos pone de conocernos y conocer.—«No muchos libros, sino *mucho* conviene leer y considerar,»—nos han dicho varias veces los sábios de la antigüedad. Y en verdad, que si supiéramos aplicarnos esta máxima, no andaríamos algunos espiritistas á caza siempre de nuevas manifestaciones de los espíritus, sin haber antes recogido con provecho, y apurado los abundantes tesoros de verdad que nos han legado multitud de espíritus elevados. Marietta, Allan Kardec, Roma y el Evangelio, y tantos otros libros. Lia, Lavater, Mazzini y tantas y tantas otras disertaciones esparcidas en nuestras revistas de Barcelona, Madrid, Zaragoza, Alicante y Sevilla, están vírgenes en la sublimidad de su espíritu y tendencia para una gran parte de lectores, que han pasado una sola vez la vista por las bellísimas pro-

ducciones que acabamos de citar. Someramente se bañaron en las purísimas áuras que de ellas emanan, y al dia siguiente, ó al mes, lo más tarde, apenas conservan de aquel riquisimo tesoro de ideas y sentimientos, de tanto amor y tanta verdad, solo retienen ya el nombre del autor! ¿Qué fruto, qué provecho sacaron estos de sus escursiones por el campo de la inteligencia? ¿Qué traza, qué memoria quedaron en sus cerebros las elocuentes frases, las sublimes lecciones de moral, la lluvia de esperanzas y consuelos que en vaporoso lenguage esparcidas se hallan en nuestros libros y en nuestras revistas?... Quedan bajo sus frentes las mismas impresiones, que las nulas que existen en los baules que viajan por ferro-carriles, de las bellezas de los campos y las ciudades por donde han viajado!!

Perdon, lectores, por esta digresion, en gracia de la intencion que nos anima. Porque la verdad es, que teniamos gran deseo de llamar la atencion del mundo espiritista, sobre lo desacertado que andamos, pretendiendo siempre de los espíritus nuevas y sublimes comunicaciones. Y para qué? dirán y dicen ellos. Habeis meditado bástante sobre lo mucho bueno que hemos dictado? Habeis puesto, sobre todo, en práctica, los consejos que os hemos dado repetidamente? Pues si no lo habeis hecho, habeis perdido el tiempo: tratais de hacérnoslo perder á nosotros; y sois semejantes á los aturdidos hombres, que abarcan mucho y... vienen á convertirse en un Petrus in cuntis.

Y vengamos ya á la confesion: que cuantas más sean las inteligencias que la estudien, y mayor el número de veces que se presente á nuestro estudio, más cerca hemos de estar de la verdadera solucion.—Ello es un hecho, que para adquirir la posesion de cualquier conocimiento exacto, de cualquier secreto que encierre la naturaleza que llamamos física, y lo mismo la moral, que tambien está sujeta á leyes fijas más ó menos veladas para nosotros, tenemos necesidad de pedírselo con insistencia una, tres, diez veces tal vez, para llegar á poseerlo una sola, si ha de ser duradera la posesion. ¡Triste condicion, pero nuestra!

La confesion auricular, asi como las penas eternas pudieron ser en su época un tormento, una especie de infierno viviente de una generacion tosca, que sin ese gran freno, sin ese temor para herir la imaginacion, y ese confesonario para herir sus sentidos, sin ese fantasma de la conciencia no se hubiera podido tal vez ha-

cerle pensar y sentir la pena moral del arrepentimiento, tan indispensable para la rehabilitacion del criminal. Bien así, como en nuestra edad hay tambien médiums rutinarios, que habiendo principiado á ejercer su facultad por medio del trípode, creen que este es de absoluta necesidad para recibir el pensamiento del espíritu, y no hay quien pueda hacerles entender, que solo con concentrarse con el deseo vehemente de comunicar, obtendrian iguales y aún mejores comunicaciones intuitivas ó parlantes, sin el auxilio del requerido trípode.

Pase, pues, este medio de reconciliarse con Dios, por los tiempos en que no ha habido libertad de conciencia, ni de imprenta, en los que la mayor parte de las inteligencias se hallaban entumecidas, y se hacian un mérito y una satisfaccion en seguir de reata la enseñanza que le presentaban dogmática, sin querer tomarse la pena de pensar por sí mismas. Pero hoy que el criterio racionalista se abre paso en la esfera de la conciencia; hoy que no hay más dogma que el de la existencia de un solo Dios Omnipotente, justo y bueno sin medida; y áun este deja de ser dogma para convertirse en axioma entre todos aquellos que tienen ojos y atencion para ver el órden sempiterno que jamás se quiebra en la naturaleza; hoy que la esfera del sentimiento, traida por la de la razon nos hace entrar en posesion de una verdad sentida; hoy que la paz de la conciencia, adquirida dulcemente sin posar los lábios sobre las tabletas del confesonario, viene á ser realidad tangible para todo aquel que arrepentido sinceramente, repara hasta dónde alcanza el mal causado, y entra y marcha decidido en la senda de la moral práctica; hoy, decimos, la confesion auricular, creemos que no tiene razon de ser. Esto no obstante, nuestra creencia dista mucho de ser un dogma. El espiritismo no se impone nunca; expone lo que juzga una doctrina racional, para los que se quieran y puedan convencer de sus razones; pero para todos aquellos que están satisfechos y contentos con su confesion auricular; si esto les hace felices, sea en buen hora. Lo que podemos decirles para su consuelo, es que con todas las creencias y prácticas se puede andar, y se anda en el camino que conduce á Dios, siempre que se ejerza la justicia del corazon recto, y la piedad de la caridad cristiana.

Hay otra segunda clase de confesion llamada pública, que consiste en hacer pública manifestacion por medio de la imprenta ó

de otros órganos de notoriedad de nuestras faltas ó nuestros crímenes.

Al juicio de estas confesiones debemos aplicar tambien el criterio filosófico, y preguntar ¿por qué esta publicidad? ¿Vamos á dar un ejemplo de humildad, castigando nuestro orgullo? ¿Vamos á expiar nuestra falta, sufriendo la calificacion y el desprecio que hemos merecido? Sea. Pero meditad mucho antes de dar este paso, no sea que os inutiliceis para el bien, perdiendo el aprecio y el prestigio que necesitais para realizarlo, y que se pueda creer en vuestra futura conducta. Procurad no hacer esta clase de confesion sino en muy raro y determinado caso, cuando esté muy justificado, por las mayores ventajas que perjuicios que pueda traer para el público; y cuando la opinion que este tenga de vuestra moralidad esté sólidamente fundada de presente; y cuando los crímenes ó faltas que publiqueis correspondan á una época remotamente anterior de vuestra vida. Aún así y todo, una buena parte del pobre mundo en que vivimos no os perdonaria, y sospechará siempre de vuestras acciones; y entre esta clase de gente os habeis inutilizado para hacer propaganda, porque os mirarán por el turbio vidrio de la duda. Mejor seria optar por una cuarta clase de confesion de que hablaremos más adelante.

La tercera clase es la de aquellos que se confiesan á la persona que han ofendido, ó contra quien han pecado.

Esta es, de todas, la que más cuidados necesita, y la que mayores inconvenientes ofrece. Suponed por ejemplo que habeis sido adúltero, y que arrepentido en un vuelo ardiente de la conciencia os echais á los piés de vuestra muger, y se lo confesais. Grande opinion y confianza habeis de tener en la altura de sentimientos de vuestra compañera. Grandísimo peligro córreis de producir en ella el efecto contrario al que os proponeis, con vuestra confesion. La mejor de todas pronunciará un perdon con los lábios; pero presiento que mientras sea muger, se acordará con tortura del agravio, y no habrá perdonado de corazon; porque perdonar en este caso es olvidar la ofensa, y esto es superior á sus fuerzas de muger.

¿Qué os habeis propuesto? ¿Sufrir la expiacion de vuestra falta por la resignacion con que estais dispuesto á llevar los reproches y el desprecio con que os ha de prensar la persona ofendida? Sea. Pero tened en cuenta que no es de cuerdos el crear obstáculos y dificultades al progreso de nuestro espíritu, por el solo placer de

vencerlos; pues aún contando con el éxito, que es mucho contar, os queda que colocar en la balanza contraria las montañas de fuerzas negativas que habeis hecho surgir en el pecho de la muger, á quien habeis sumerjido en un piélago de dolores corrosivos que vendrán á caer sobre vuestra cabeza por mucho tiempo; porque ligados están vuestros destinos y vuestros flúidos.

Pero ¿qué hacer?

Hé aquí nuestra opinion. Lo primero, separacion radical del amor ilegitimo ante los hombres, que puede serlo tambien ante Dios, si ha sido piedra de escándalo. Segundo, entrar de lleno en la ley de la familia, segun nuestras sanas costumbres. Tercero, rodear con prudente esmero de todas las atenciones á la compañera que nos cupo en suerte para atravesar la vida.

Y así es de esperar que llegará un dia, cuando os veais desencarnados en el mundo de los espiritus, donde están de manifiesto los hechos anteriores y posteriores, con las intenciones que los han producido, y sin la sensacion de la carne y de sus acres y egoistas flúidos, os perdonará instantáneamente, porque verá, á la par que la deslealtad, el arrepentimiento, y subsiguiente reparadora conducta; la mancha á la par que la oblacion; la enfermedad y la salud. Y le habreis evitado, con ventaja para los dos, el escozor de la duda y la horrible mancha del ódio, que tanto y tanto cuesta de cicatrizar. Bien así, como si hubiéseis estado gravemente enfermo, teniendo seguridad de hallar la medicina para vuestra cura radical, haríais muy bien en ocultar vuestro grave estado al sér querido, para evitarle un dolor innecesario; dolor que seria incoloro y sin consecuencias, cuando más tarde le noticiáseis, con vuestra enfermedad pasada, la alegria que habia de producirle el recobramiento completo de vuestra salud.

La cuarta clase de confesion podemos considerar aquella, en que deseando un alma acongojada depositar su dolor en otra alma amiga, y consultarle sobre la entidad de sus faltas y modos de obtener la paz del ánimo, le consulta en plena confianza y con entera franqueza los hechos y detalles de su inquietud, y pide consejo y consuelo al amigo leal, bueno é inteligente (1) del cual recibe

Un sacerdote, como otro cualquiera, si reune estas condiciones puede ser el consejero requerido, sin necesidad de las fórmulas sacramentales, que en nuestro concepto no quitan ni ponen virtud alguna en el

los consejos y consuelos para su rehabilitacion en el foro interno y ante Dios. Esta clase de confesion suele ser de escelentes resultados, y acostumbraban hacerla los cristianos de los primeros siglos.

Por último, la quinta, en el órden que llevo enumerado, es para mí, la genuina y aplicable á todos los casos y lugares. Es aquella en que el criminal se reconoce tal en su interior: se confiesa ante Dios y su conciencia, *solo*, sin ambages ni rodeos, sin escusas, sencillamente, serenamente: se duele y si es preciso llorar, llora á impulsos del arrepentimiento: llora por haber faltado á la ley, y por los daños que ha causado: se propone repararlos, y los repara

acto ó actos de la rehabilitacion del penitente. Y la razon es óbvia para toda persona de mediano sentido práctico; pues conoce que lo que imprime carácter, lo que produce efecto eficaz en el acto de la rehabilicion no son las palabras del que se presenta penitente, ni las frases sujetas á una fórmula determinada pueden ser ni realizar la virtud esencial del perdon. Las palabras pueden ser la expresion del sentimiento del uno por su trasgresion de la ley y daños originados, y el deseo de perdonar del otro, si tuviera este alguna ofensa personal que perdonar. Pero lo esencial aquí será el sentimiento intenso y sincero del penitente, y su intencion firme y decidida de corregirse, y reparar los perjuicios. Y cuando esto ha tenido lugar en el foro interno de la conciencia, entonces, con fórmulas y sin fórmulas, en la Iglesia como en la alcoba ó en el campo, el eco de Dios, que no necesita de lábios ni sonidos para dejarse sentir nos manifiesta el perdon por la apacibilidad de nuestra conciencia, toda vez que la reforma emprendida séa verdaderamente sincera. Cuando esta condicion tiene lugar, todas las confesiones, así las verbales como las mudas, encarnadas en el sentimiento, todas llegan á ser eficaces y buenas. Las primeras marcan tal vez un grado de atraso en el penitente, que no sabe ó no quiere saber concentrarse y sentir, sin verse delante de un sacerdote y un confesonario. No entramos aquí en la enunciacion de peligros y de abusos á que dá márgen la confesion auricular, porque no es nuestro intento en el presente escrito. Cada cual puede imaginarlos ó enumerarlos, segun su esperiencia, y conocimiento que tenga de la flaqueza del hombre: que un hombre y nada más que un hombre vemos nosotros en el sacerdote, como en el médico, como en el magistrado. Si la Naturaleza no nos lo manifestára claramente, los tristes hechos de la historia humana están ahí para sacar de duda al que la tenga. Nosotros creemos que los títulos, las investiduras, los ungimientos, no imprimen carácter, y que cada hombre se forma el suyo con su constante estudio sobre sí mismo, é inquebrantable modo de obrar, fundado en una filosofía clara.

hasta donde llega la posibilidad; compensa con obras de justicia gratuita y de caridad buscada todos aquellos otros daños á que no alcanza la accion directa sobre personas y cosas perjudicadas; y emprende en consecuencia irrevocablemente la nueva vida moral. Y cuando esto quede hecho, todo esta concluido. Porque Dios, soberanamente justo y bueno, no exije del hombre mayor sacrificio, ni heroismo mayor, que aquel que permiten las fuerzas y las circunstancias del delincuente arrepentido, que hace cuanto puede para lavar su mancha.

Mucho pudiera escribir sobre esta materia, sin agotarla, porque son infinitos los casos y accidentes de la confesion; pero basta para lo que me he propuesto indicar sobre mis creencias en este punto.

JUAN MARIN Y CONTRERAS.

ESTUDIOS ORIENTALES.

XI.

LIBROS SAGRADOS DE LA INDIA.

«¡Cuántos misterios guarda la India, y qué cosas tan maravillosas tenemos que enseñar á los demás!» ha dicho el eminente indianista Langlois, y despues lo ha repetido Jacolliot.

En efecto, si queremos conocer el origen de las costumbres, de las instituciones políticas y sociales, de la ciencia y del arte, preciso es estudiarlo en la India; cuando se conozca su antigüedad, como la de Grecia y Roma, habrán de modificarse opiniones que aun en el mundo ilustrado hoy obtienen la sancion general, y tendrán que rectificar, ó más bien añadir datos anteriores, las historias de casi todos los ramos del saber humano.

La lingüística y la legislacion no detendrán sus investigaciones en el helenismo y en el Latio, la paleontologia no se remontará solo al Egipto y la Caldea, sino que irán á buscar el comun origen de esas antigüedades en el foco primitivo, en la India. Pero donde más vasto campo ofrece al estudio es en la siempre debatida cuestion de las dogmas y de los cultos religiosos, cuestion ya resuelta

con los descubrimientos hechos hasta ahora, aunque de dia en dia recibe nuevos comprobantes, afirmando la procedencia india de todos los principios, ritos y ceremonias, tantas veces presentadas como originales, y depósito directamente recibido de la Divinidad, á la cual han hecho jugar un papel tan desairado cuanto odioso las clases sacerdotales, ya inventores, ya copistas del cúmulo de absurdos en que se ha querido buscar la fé. Ellos hubiesen llevado á todo el linage humano al ateismo, si la idea de un Sér Supremo, la revelacion divina, no se manifestase siempre en la Naturaleza y en la conciencia, que son el verdadero templo y el único altar dignos del Creador de los infinitos mundos y las humanidades que los pueblan.

Limitando nuestros estudios á la India religiosa, hemos visto cómo nacieron y crecieron las clases sacerdotales, hemos penetrado en el secreto de su influencia y medios de dominacion, y hemos puesto de manifiesto el desastroso fin que prepararon á las colosales civilizaciones del Oriente. Hemos visto tambien cuáles fueron las creencias filosóficas y razonadas del sacerdote sábio, «pundit,» y las creencias supersticiosas que alimentaron al vulgo, mantenido por el sistema del terror, en la ignorancia; los dogmas y misterios de la Trinidad «trimurti,» de la redencion, «avatar,» y fundamento de la teología; la institucion gerárquica del tonsurado en sus tres grados, que más tarde fueron diácono, presbitero y obispo; el papado, con sus insignias de la tiara, las llaves, el báculo y la sortija; la leyenda de la Vírgen Madre, el nacimiento del profetizado Hijo de Dios, incarnacion de Vischnú, ó la segunda persona de la Trinidad, la degollacion de los inocentes, la huida, la persecucion, la predicacion y enseñanzas de Christna, su sacrificio, la conmemoracion en el oficio diario del «sarvameda» ó misa, la transfiguracion, la resurreccion y los milagros, las mujeres piadosas que van al sepulcro, el carácter del más jóven y querido de los discípulos, Ardjuna, la obra de estos, la conversion del infiel Sarawasta, y por último, la reforma búdhica con las guerras, crímenes expulsiones y demás calamidades de la intolerancia religiosa, que convirtieron al christneanismo, doctrina de paz y caridad, en un tejido de horrores é iniquidades, cuyo último resultado fué la paralizacion del progreso y la señal de una nueva Redencion.

Todo esto, ignorado hasta nuestros dias, ha sido una verdade-

ra revelacion humana debida á la ciencia indianista, que afortunadamente llegó al Asia antes de que esterilizase sus esfuerzos la obra de destruccion llevada á cabo en el Norte por el furor de los mahometanos, é intentada en el Sur por la maquiavélica habilidad de los jesuitas y otros misioneros, que hicieron desaparecer cuantos manuscritos cayeron en sus manos, intercalaron pasajes en los textos, y hasta escribieron leyendas que autorizasen la opinion de ser apócrifos los documentos que aprueban la antigüedad religiosa de la India. El padre Calmette fué el maestro de esta obra digna del jesuitismo, y que no ha tenido consecuencias, si no es causar algun entorpecimiento á los sábios que fueron á estudiar al Oriente, gracias á cuya inmovilidad, despues de tantos siglos, ha podido comenzar á reconstruirse el tiempo pasado, leyéndolo en la tradicion, en la lengua, en las costumbres, en los monumentos y geroglíficos, y en los millares de libros que aun quedan, principalmente en las pagodas del Súr, de donde ha extraido Jacolliot, despues de larga residencia y asiduo estudio, los últimos datos, comprobantes de sus predecesores, que damos á conocer en España, con el doble objeto de desarraigar preocupaciones, no ya del vulgo, sino del mundo ilustrado, y de llamar la atencion hácia esta clase de estudios; protestando de nuestro respeto á todas las creencias, por lo mismo que es conocido el origen comun de donde proceden.

Para terminar este cuadro, daremos á conocer sumariamente otros misterios, dogmas y ritos religiosos de la India.

Los Vedas y Manú son los libros sagrados más antiguos, Cuentan más de «veinticinco mil años» de existencia; su autenticidad está mejor demostrada que la de los libros más modernos. Las fechas astronómicas que se han comprobado no dejan lugar á duda; son más inconcusas que las fechas geológicas con que la ciencia señala hoy de ochenta á cien mil años para la plenitud de vida en el planeta Tierra.

Todas las civilizaciones antiguas tuvieron su »Purana» ó libro sagrado con que la clase sacerdotal, bajo forma más ó ménos alegórica y legendaria, dió á conocer la ciencia cósmica, filosófica y religiosa.

«Los sábios brahmanes, dice el notable indianista William Jones, pretenden que se requieren cinco condiciones para constituir un verdadero Purana:

1.ª Tratar del Ser Supremo, Swayambhuva, «que existe por él mismo,» de la creacion y de la materia en general.

2.ª De la creacion de los espíritus inferiores materiales y espirituales, y del hombre.

3.ª Dar una noticia cronológica de los grandes períodos del tiempo, de las generaciones pasadas y de sus descendientes.

4.ª Un compendio de los deberes del hombre en los tres estados de adolescente, de padre de familia y de anacoreta.

5.ª Dar un código de la conducta de los reyes y la clase militar, y referir la historia de los príncipes y de los guerreros que se han distinguido.»

Bajo ese plan se han escrito la mayor parte de los «Libros de la ley» de los Indios, de los Caldeos, de los Egipcios, y últimamente de los Judíos.

Por falta de estudio y comprobacion, se consideraron como imaginarias las fechas indias, pero hoy no puede dudarse de las que dejamos apuntadas, sobre todo despues de las últimas investigaciones y desde que el sábio Halled ha comprobado los cálculos brahmánicos sobre más de cien hechos diferentes, afirmando que la cronología de los brahmanes es indiscutible y que pocos pueblos poseen anales más dignos de fé.

A medida que la ciencia penetra en los secretos de la historia y en los secretos de la naturaleza, ganan en valor las concepciones religiosas de la India, cuanto pierden en autoridad los libros sagrados de los pueblos más modernos. Este fenómeno, que parece una prueba contra la maternidad de aquella, se explica fácilmente. Los brahmanes, que expusieron los principios religiosos é inventaron el culto antiguo, guardaban secretamente el fundamento de su racional creencia y el orígen de los símbolos, ofreciéndolos al pueblo, ora desfigurados, ora mezclados con aquellas instituciones que habian de asegurar su poder espiritual y temporal, y reservándose siempre la interpretacion y el monopolio; y en esa obra, como siempre sucede, la supersticion y el fanatismo de la ignorancia les daban hecho el trabajo. Bastábales conservar su prestigio como únicos y directos representantes de Dios en la tierra, y mantener á la muchedumbre en la ignorancia ó la indiferencia respecto á los asuntos religiosos, prohibiendo el libre exámen y fomentando la intolerancia, para librarse del enemigo interior y del exterior. De ahi nacieron las persecuciones y las guerras re-

ligiosas; de ahí provienen los conflictos entre la religion y la ciencia.

Nos hemos propuesto referir únicamente, dejando al lector los comentarios y la deduccion ó la enseñanza que de aqui se desprende. En este punto, pues, nos limitamos á recomendar, entre otros muchos interesantes estudios, los de Edyar Quinet, L'ultramontanisme on l'Eglise romaine»; Félix Bungener, «Rome et le Vrai;» Paul Sanet, «Les problemes du XIX siecle;» André Archinard, «Le origines de l'Eglise romaine;» Henri Brunel, «Avant le christianisme;» Etienne Chastel, «Le christianisme et l'Eglise an moyen age;» Eduardo Reuss, «Histoire du canon des saintes Ecritures dans l'Eglise chretienne;» E. Michaud, «Le mouvement contemperain des eglises;» y la obra recientemente publicada en España, de S. W. Drapper, «Los conflictos entre la ciencia y la religion.»

Segun un orientalista católico, la coleccion de los libros canónicos se cuentan por centenas de millares, al decir de los brahmanes. Las principales son:

Veda, nombre de la escritura sagrada, de la raiz «vid;» saber: en griego «oida,» en hebreo «yada.»

Los Vedas comprenden cuatro libros: el «Rig-Veda,» el «Adjur Veda,» el «Sama Veda» y el «Atharvan Veda.»

Los «Upanichad» tratados teológicos, en número de 40 á 50, que forman un apéndice á los Vedas.

Los «Puranas» que son 18.

Los «Upapuranas,» poemas del mismo género, pero ménos sagrados, eran tambien en otro tiempo 18, pero su número se ha elevado á 40 ó 50 libros.

El «Mahabharata,» el «Ramayana» y muchos otros grandes poemas célebres, forman parte tambien de los libros sagrados.

Los Djeinas, que se tienen por los verdaderos creyentes indios poseen tambien sus Vedas y sus Puranas, que difieren de los brahmanes, pero que para ellos son los verdaderos libros primitivos.

Los Puranas son en número de 24, y llevan los nombres de sus principales «Tirthamkaras» ó reformadores.

Los Budhistas tienen tambien sus Vedas y sus Puranas, diferentes de los brahmanes y los dejeinas. El «Dharna Khanda» es la coleccion total de sus libros santos. Comprende, al decir de ellos, 84,000 volúmenes.

De aquí se ha pretendido sacar argumentos contra la enseñan-

za de las investigaciones indianistas, argumentos impotentes contra la antigüedad y autenticidad de los libros en que están consignadas las creencias cientifica, sacerdotal, y poética de la India, cuna de todas las religiones, que son una reproduccion de los Vedas y el código de Manú, los monumentos más antiguos de la literatura sagrada.

El código de Manú, ó recopilacion del Veda, comprende los doce libros siguientes:

I. El Génesis.

II. Sacramentos é iniciacion.

III. Del matrimonio y de los deberes del padre de familia. (Del reposo funeral.)

IV. Deberes y preceptos.

V. Impurezas y purificaciones.—Deberes de las mujeres.

VI. La vida cenobítica.

VII. El libro de los Reyes.

VIII. El libro de los Reyes y de las castas.—La familia.

IX. Libro de los Reyes y de los Jueces.

X. Mezcla de las castas.—Conducta de las tres castas superiores en las circunstancias difíciles.

XI. De la limosna y de las purificaciones.

XII. »Kchetradjana» (Alma inmortal).—«Navacas» (Infiernos) —«Swarga» (Cielo).—«Mockcha» (Beatitud final).

El código de Manú habia sido traducido por William Jones y Loiscleur Deslongchamps de los manuscritos del Norte de la India; Jacolliot lo tradujo posteriormente del Sur, y acaba de publicarlo en su volúmen «Manou, Moise, Mahomet,» estudio de tradiciones religiosas comparadas.

Manú es el primer gran legislador del que la historia y la tradicion dan noticia. Más tarde hallamos á Manés en Egipto, Minos en Creta y Moises entre los hebreos; los cuatro aparecen en la cuna de cuatro pueblos diferentes, representan el mismo papel, rodeados de la misma aureola misteriosa; los cuatro legisladores y grandes sacerdotes, los cuatro fundando sociedades sacerdotales y teocráticas.

Sean todos un mismo mito, sean unos continuadores de otros, en la India, en los primitivos libros sagrados se halla el comun origen de sus leyendas, y su existencia, real ó fabulosa, nos la explicamos como Jacolliot («La Bible dans l' Inde»).

«En la aurora de cada civilizacion que se funda, aparecen hombres que, más inteligentes que sus hermanos, se imponen á las masas con un objeto de dominacion ó de progreso; solos, contra todos, cuando la fuerza brutal es ley suprema, tienen que fundar su poder en la idea del Ser Supremo; depositada por el Creador en la conciencia de todos, y entonces se rodean de una misteriosa aureola, disimulan su orígen, se intitulan profetas ó enviados celestes, y llaman en su ayuda, para hacerse aceptar más fácilmente las fábulas, los prodigios, los sueños, las revelaciones oscuras que ellos solos pretenden poder explicar, así como todos los fenómenos físicos, que en su mano hábil se convierten en manifestaciones de la cólera celeste, que pueden excitar ó apaciguar á voluntad. De ahí los mitos que rodean la infancia de las naciones, con ayuda de los cuales los ambiciosos han avasallado á los pueblos en los tiempos antiguos.»

EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.

LA MAGIA CONTEMPORÁNEA.

III.

Cuando una polémica se sostiene, cuéntase ya de antemano con los defectos de estilo y de fondo que en ella aparezcan. Sostenidas por hombres que ni son ni pueden ser perfectos en toda la latitud de la frase, nada más natural que la relativa imperfeccion de todas sus obras. Existirá quien más se acerque al límite de lo perfecto, mas no quien pueda detenerse ante él. ¿Quién, por sábio que sea, no ha incurrido en errores é imperfecciones de toda especie?

Mas hay que tener en cuenta, que todos los errores que comete el defensor de una causa redundan en perjuicio de la causa misma. Preocupacion es esta, necia quizá; pero que ese progreso que nos mueve, no ha logrado desterrar, por completo, de nuestros ánimos. Y así como los errores de un defensor no favorecen á la doctrina, en pro de lo cual combate, así hay que personificar en él todas cuantas ideas emita.

El Dr. Huelbes es para mí el blanco á donde debo dirigir todas

mis argumentaciones. Él es quien defiende una teoría que yo combato, y en él debo personificar el espiritismo.

Oscuras é inmodestas han aparecido hasta ahora las ideas que ha emitido: oscuros é incompletos todos los enunciados que me ha propuesto. No sé de dónde pueda partir tal nebulosidad de conceptos. El Dr. Huelbes, con una modestia que le hace honor, hace suyos todos los errores que aparezcan en la exposicion de su doctrina. ¡Pobre mártir de una idea, no sabe que vá á acarrear sobre sí contradicciones que no son suyas en totalidad.

Siento no poder complacerle eliminando de la polémica su personalidad. Él fué quien se brindó á explicarme sus teorías, y él debe ser quien sufra la mala explicacion de éstas. Con él discuto, y por su pluma he de reconocer el espiritismo, despreciando ante ella cualquier otro dato. El centro espiritista mostrará su asentimiento á los artículos de mi adversario, y, por tanto, debo tambien hacerlo solidario de los errores que comeа su representante.

Me hubiera abstenido, sin embargo, de poner de relieve algunas faltas cometidas por el Sr. Huelbes, si éste ántes no hubiera querido emplear consigo idéntico procedimiento. Decíame con cierto airecillo de superioridad y compasion en su primera contestacion (y primera decepcion) que Swedemborg había vivido *cien* años ántes que Mesmer. Si hubiera dicho esto incidentalmente, y no queriendo corregirme una simple equivocacion, no me hubiera cuidado de hacer notar la falta histórica. Pero lo decia de tal manera, parecia tan convencido de sus afirmaciones, empleadas asaz burlonamente, que no tuve otro remedio que hacerle una pregunta basada en datos históricos irrecusables.

Para contestarla y para contestar á mi segundo artículo por completo, hace en primer término una declaracion que yo me abstengo de calificar. Declaracion que demuestra, que cada párrafo de los que cita de mi artículo encerraba la explicacion de un error suyo, que él tiene la valentía de reconocer, suponiéndolos nacidos de su menguadá inteligencia. Hágase mejor idea de sí mismo y colóquela á la altura que merece y en que todos la miramos.

Cómoda y llena de conveniencias sin cuento, es por otra parte la manera de refutar de mi adversario, y medio muy sencillo de no entretenerse en discusiones. Deducimos de ella muchas cosas, que seria inútil enumerar, puesto que pueden consultarse los ar-

ticulos; así, pues, dejemos á un lado inútiles divagaciones y penetremos, como dice mi adversario, en el fondo de la cuestion.

. . . .

Procedámos con órden y examinémos detenidamente y párrafo á párrafo lo contestacion del ilustrado doctor. En el curso de ésta podrémos encontrar con sobrada profusion estas ideales y fantasticas deducciones que plantea, extraidas de una lógica especial que debe poseer.

¿Por medio de qué consecuencia viene en conocimiento el señor Huelbes de que yo no demuestro agrado porque me repitan las *bases especiales* del espiritismo? Para repetir una cosa necesario es haberla dicho ántes, y nada de esto ha sucedido con el exclusivismo de su doctrina. Solamente he dicho en el párrafo 23 á que alude, que emita las ideas, sin necesidad de nombrar á sus autores con tanta frecuencia como lo hace. ¿Es lógico anteponer á la idea la personalidad? Despues que me exponga conceptos que debe haber emitido en geroglífico, repita cuanto guste, en la seguridad de que no habré de mostrar disgusto de ninguna especie.

Empero, no he pedido una explicacion detallada de las teorías de Pezzani, Flammarion, Crookes y Darwin.

Sólo suplicaba, para arreglar la polémica y tener un punto de partida, que se me expusieran, no más que sucintamente, las ideas qué de los citados filósofos admite el espiritismo. Si yo las conozco, habrá seguramente quien lea estos artículos y las ignore por completo; y como mi deber, repito, es atacar el espiritismo, *despues de escuchadas sus teorías* hé aquí por qué pedía una exposicion de aquellas verdades admitidas por la doctrina que rebato. Negar una explicacion de esta clase supone *escaparse por la tangente.*

Á los tales filósofos no he negado todas sus verdades en conjunto, ni fuera posible hacer esto. Han hablado y dicho tanto, que necesariamente han dado á conocer alguna verdad. Flammarion, que durante tanto tiempo ha recorrido con su pluma las celestes regiones, ha dicho algunas. Igualmente ha sucedido á Crookes y á Pezzanni y en particular á Darwin.

Dije que no despreciaba á ninguno de estos filósofos y vuelvo á repetirlo. Mas hé aquí que el Sr. Huelbes afirma, que puesto que *no los desprecio*, los acepto. La *lógica* y la *gramática* deben tenerse muy á mano en toda polémica; y no a la segunda, pero sí á la primera, atenta esta extraña manera de deducir. ¿Es necesario para

reprochar una teoría despreciar á quienes las emiten? ¿Podré jamás despreciar al Dr. Huelbes, porque piense de una manera distinta á la mia? Segun la deduccion, yo que afirmaba que no despreciaba á nadie, tendré que aceptar al mundo entero. Y francamente, no quiero que se me considere tan ancho de conciencia.

Al llegar al segundo párrafo de su segunda contestacion (y no sabemos si segunda decepcion) podemos arraigarnos en la idea de que me encomienda todo lo que pareciéndole difícil *no quiere* encargarse de hacer. Dice (párrafo 1.°) que en discusion como la presente, mal puede explicarme las teorías completas de Pezzanni y Flammarion, de Crookes y Darwin; y más adelante, con sólo salvar unas cuantas líneas, me encarga desmenuce y aniquile el evolucionismo, la pluralidad de mundos habitados, el progreso indefinido y todas, *todas y cada una* de las afirmaciones de esos filósofos, porque son la más nutrida verdad que posee el espiritismo. Pero añade, que para evitarme tamaña empresa sentaba los siete enunciados en su primera contestacion. Todos sabemos ya que aquellos enunciados no son exclusiva propiedad del espiritismo, y que pueden ser admitidos por quien esté muy léjos de profesar tales ideas. Yo que reconozco, como dice, la mayor parte de ello, ni soy espiritista, ni supongo haya quien por tal pueda tomarme.

Efectivamente, nos hallamos conformes en algo, pero ese algo no constituye el espiritismo. ¿A que tambien nos hallamos conformes en que el dia tiene veinticuatro horas? ¿Existirán en el orbe dos séres que no ofrezcan un punto de conformidad? Mas no por esto dejarémos de ser antagonistas en el fondo de nuestros pensamientos.

Nos hallamos conformes, á más de otras cosas, en la unidad del Universo. ¿Pero por admitir ésta, he de admitir tambien su infinitud ni la de nada, como pretende mi adversario? ¿El infinito y la unidad son condiciones *sine qua non* del Universo? Me parece que mi adversario entra otra vez en el campo del panteismo. Lo que únicamente pudiera yo admitir como infinito, sería una sustancia muy distinta del Universo, y que, por lo tanto, ni lo fuera, ni formára parte de él.

En cuanto á la pluralidad de mundos habitados, ni la rebato en absoluto, ni en absoluto la admito. No es un hecho comprobado; aun no ha recibido una categórica explicacion, porque el mismo Flammarion no ha podido dársela. Mi situacion, pues, en relacion

con esta teoría, es la de la Humanidad sensata, que sólo se coloca al lado de lo que es un hecho; que solo se adhiere á una idea, cuando completamente convencida de su evidencia, ha podido apreciar y medir sus consecuencias. En resúmen, que no niega y que no admite, aquello porque *puede ser*, esto, porque no está probado. El movimiento continuo, la luz eterna y la direccion del globo, problemas son, que ocupan idéntica posicion que el de la pluralidad de mundos habitados.

Conste, pues, y tenga en cuenta el Sr. Huelbes, que admitiendo, no la infinitud, pero si la unidad del Universo, puede no admitirse la pluralidad.

Aceptando la unidad de la Humanidad, pudiera tambien negar el progreso indefinido sin ofender á la lógica más severa. ¡Y cuántos ántes que yo no lo han hecho asi! Reconociendo en esta humanidad una, una aspiracion constante á lo perfecto, prueba dos cosas; que salió de la perfeccion y que á ella vá. Mas cualquiera que se dé una acercada idea de lo que es perfecto, comprenderá que es el *ultimatum* y que hasta allí llega todo progreso, no siendo por tanto, éste indefinido, si por tal se ha de entender, estar siempre y siempre progresando.

No quiere decir esto que yo niegue el progreso indefinido, pero tampoco que lo admita. Lo único que he pretendido probar á mi adversario, es lo aventurado de su deduccion, al suponer que admitiendo la unidad de la Humanidad, me seria imposible negarlo.

«*Pero el espiritismo no es eso sólo*: dice el Dr. Huelbes. Ya lo sé, y por eso lo combato sin duda; su inmediata consecuencia es la comunicacion medianímica, basada en la relacion constante é idéntica de la Humanidad infinita. ¡Y qué modo de jugar con el infinito! La Humanidad no necesita éste para comunicarse de un mundo á otro. ¿Pero cómo entenderemos esta infinitud? Si queremos suponer que los indivíduos no tendrán fin; que serán eternos *(á parte post de su principio)* perfectamente; pero no es esto lo que parece expresar la palabra humanidad infinita. Con este criterio, la creencia en la otra vida implicaria la pluralidad de mundos habitados.

Esta comunicacion medianímica, resultado de la relacion constante é idéntica de la Humanidad, se efectúa por medio de mesas, sombreros, veladores que patalean, lápices atados á un cestillo, mediums de todas especies y..., formas en fin, variadas é inesta-

bles, por medio de las cuales el espiritismo ha penetrado en el mundo. Formas que hoy llaman la atencion, mañana son sepultadas en el rincon del olvido para dejar lugar á otras nuevas. Rápidas evoluciones, cambios momentáneos é inesperados, ráudas etapas que con funesta celeridad sucédense unas á otras; hé aquí la vida agitada é incomprensible del espiritismo.

Pero para demostrar que la Humanidad se halla dotada de libre albedrio, porque de otro modo seria imposible comprender el premio y el castigo futuros; para estar arraigado en la creencia de que hay otros mundos teatro de los venideros y pasados destinos de la Humanidad de este, y en los cuales cruzando por reincarnaciones sucesivas busca su perfeccion y sufre sus premios y sus castigos; para suponer que la Humanidad de aquellos mundos se comunica con la de estos de poco tiempo á la fecha (porque ántes no plugo al autor de ella), todo lo cual es resúmen del verdadero dogma espiritista, no hace falta ser panteista en lo que el panteismo ha descubierto de la verdad una, ni tampoco que el progreso sea ó no indefinido y la Humanidad sea ó no infinita.

Sólo lo ántes mencionado es espiritismo, propiamente dicho, y mi intencion única se reduce á combatirlo en este terreno. Yo no admito el exclusivismo por él proclamado; precisamente es lo que combato, no lo que de aquí y allá se ha apropiado de doctrina en doctrina y de escuela en escuela filosófica.

Era oportuno, por tanto, entrar en un exámen de los hechos, áun cuando el Dr. Huelbes afirme que no constituyen el espiritismo, que al fin inmediatas consecuencias son que parten de él. Sujetar estos y las doctrinas á la más severa crítica y la más sana filosofía, hé aquí mi ferviente deseo.

Si el espiritismo acepta la nocion que de la materia le dá el positivismo, será en parte positivista; si la que del alma el moderno racionalismo, racionalista. Pero ¿qué nocion? Estoy por asegurar que del alma no dá una sola el racionalismo.

En resúmen, el espiritismo, segun el doctor, recoge y nos lega la herencia del panteismo, del positivismo y del racionalismo. ¡Herencia heterogénea, que encerrando en su seno un cúmulo de contradicciones, pretende dar gérmen á la ciencia única! ¡Cuántos pensadores, ni ahora ni nunca, habrán de aceptarla........

El Dr. Huelbes se ha empeñado en decirme á cada paso, que los espiritistas admiten todos los progresos. Ya en su primera

contestacion me lo afirmaba, y el último párrafo de la segunda viene á repetirlo en su primer punto. Modérese un tanto mi digno contrincante, y no emplee el *todos* tan en absoluto, porque supone hacer poco favor á su doctrina.

La palabra progreso no define la clase de éste. Significa adelanto, pero los adelantos son de dos especies: buenos ó malos. Es indudable que el mal ha progresado. No admite lugar á duda que el arte de la ficcion y del engaño se perfecciona de escandalosa manera. La prostitucion y la charlataneria amenazan hundir bajo su humillante peso todo digno sentimiento de moralidad. ¿Y admiten estos progresos los espiritistas? ¿Quién podrá darles cabida? ¿A donde habrian de conducirnos sino á un caos de amargura y de decepciones sin cuento? No admita el Dr. Huelbes con tanta prontitud *todos* los progresos, pues si alguien toma al pié de la letra sus afirmaciones, acudirá sin duda á la Sociedad Espiritista, centro de ellos, con las manos en los bolsillos del chaleco. (Puesto que mi adversario dice que la demostrrcion *ab absurdum* es la más fuerte, no vacilaré en emplearla en lo sucesivo.)

Dice el Dr. Huelbes en el último punto de su artículo, que no todos los espiritistas tienen el valor de sus convicciones ¿Y cómo en relacion con tanta *verdad* y tanta demostracion no lo adquieren?

Serán sectarios indiferentes como aquellos *mediums* que anatematiza Allan-Kardec, que solo miran á sostenerse con decencia.

Pero aún queda algo nebuloso en el punto: «......entre ellos quizá alguno de los que nos pregunta el Sr. Suarez de Figueroa (p. 20) basta con que el último tremole su bandera, para que le sigan los ojos y el corazon de los restantes.» O no entendemos el párrafo ó el que tremola la bandera es Antonelli, colocado por mi en el último lugar. Pues si al agitar al viento su bandera le siguen los ojos y el corazon de los demás.... *risum teneatis.*

He sentado una proposicion de dogma espiritista, que á mi entender resume su exclusivismo. Negad al Redentor y habreis dado en tierra con el cristianismo; haced desaparecer la reincarnacion y no tendreis espiritismo.

Yo suplico al Dr. Huelbes que la modifique segun las exigencias y con relacion á la última evolucion, é inmediatamente podremos penetrar en la verdadera y primordial cuestion.

Deje á un lado todo cuanto no sea *la base* de su doctrina; no

deduzca tan extrañamente como hasta aquí, y llevaremos de esta manera mucho terreno adelantado.

Me abstengo de resumir la contestacion segunda de mi adversario, porque lo conceptúo de ninguna necesidad. Bien *resumida* está por sí sola.

Comentemos para terminar, ó mejor dicho, meditemos sobre las últimas frases del doctor: «Esto sucede hoy dia, ya verá al siguiente del triunfo como se multiplican nuestras huestes.» ¿Y cuándo, cuándo llegará el dia de ese esperado triunfo? ¿A qué se aguarda para obtenerlo?

El vizconde de Torres, decia en un articulo titulado *Quietistas é innovadores*, que vió la luz en *El Globo*: «Para que estudien, llama á todos el espiritismo; esa utopia de hoy que será la verdad de mañana.» Ya vé el Dr. Huelves, que un compañero suyo califica utopia su misma doctrina. Podrá ser verdad mañana, pero se viene en conocimiento, por lo dicho, que hoy no lo es. Yo que combato en lo actualidad, yo que no miro á lo futuro, ni pretendo prever nada absolutamente; yo que no salto por cima del tiempo, mientras me encuentre en hoy, habré de considerarlo como utopia, valiéndome de la espresion de uno de sus más apuestos defensores.

A mi entender, mañana será ménos verdad que hoy; pero no pienso aventurar juicios de ninguna especie, y debo contentarme en último caso, con colocar al espiritismo al lado de la musica de Ricardo Wagner.

ADOLFO SUAREZ DE FIGUEROA Y ORTEGA.

No habiendo sido contestado el precedente articulo por nuestro querido hermano Huelbes, y extrañándose del silencio, cuya causa tambien ignoramos, el Sr. Suarez de Figueroa publicó en *La Tribuna* del 20 de Setiembre último el siguiente:

DUDAS Y PREGUNTAS.

Cumplo un deber de conciencia al escribir las presentes lineas, y una necesidad vehemente me obliga á ello, siquiera por desvanecer las infinitas dudas que me preocupan en estos momentos.

A muchas interpretaciones y de muy malisimo carácter pudie-

ra prestarse el silencio del Dr. Huelbes Temprado comisionado por *El Centro Español Espiritista* para contestar á mis humildes é insuficientes artículos en contra del espiritismo. A muchas y diversas causas puede obedecer este silencio prolongado, si se tiene en cuenta la premura con que se dignó contestar los dos artículos primeros. ¿Por qué no cupo al tercero la misma suerte? ¿Ha creido el Sr. Huelbes degradarse si continúa sosteniendo la polémica con tan humilde persona?

No puede admitirse esta suposicion, no podemos darle cabida un solo momento en nuestro ánimo, porque de tales ideas jamás dió muestra el Sr. Huelbes Temprado. A más, que tal degradacion—que yo admito puesto que no pretendo ni remotamente elevarme á la presuncion de colocar mi pluma al lado de la suya tan bien cortada,—pudo muy bien conocerla desde un principio.

Mas, ¿por qué se retira del palenque si con tales bríos y con tal denuedo, no há mucho penetraba en la polémica?

¿Por qué deja un artículo sin su acostumbrada y áun necesaria contestacion, cuando por otra parte, tal proceder pudiera merecer calificaciones que omito, porque acaso puedan ser infundadas?

Estas preguntas nos dirigimos tan infructuosa cuanto frecuentemente, cuando un dia y otro recorremos con avidez las columnas de *La Tribuna* sin hallar la apetecida contestacion. Verlas satisfechas, hallar completamente justificado el silencio de mi discreto adversario, hé aquí mi deseo del momento; lo demás, camino es ya empezado y no muy difícil de seguir en mi concepto.

Sólo hay una causa que toma proporciones de probabilidad en mi ánimo: la de que el Sr. Huelbes desista de la polémica, porque no accedo á su ruego de eliminar de ella su personalidad. Ya dije que esto era punto ménos de imposible. Decia mi antagonista que la sociedad á que pertenece, lo mismo que su doctrina, nada tenian que ver en modo alguno con sus errores, y por otro lado deseaba que descontara de la polémica su persona «bien pequeña ante los intereses que debatimos» segun sus palabras. ¿A qué quedaba entónces reducido el debate? Si la sociedad no combatia, si no combatia el Sr. Huelbes, ¿con quién habia yo de sostener la polémica? Acaso con los espíritus. Pero estos, aún no se han dignado dejarse ver, lo cual no dejaria de agradarme siquiera por la *originalidad* del caso.

Muy bien puede haber sido acometido de una enfermedad el

Sr. Huelbes; ¿pero no tiene compañeros, si no que le sustituyan, que por lo ménos lo pongan en conocimiento del público, siquiera por evitar mal fundadas interpretaciones?

En la carta contestacion al reto por mi dirigido al Sr. Vizconde de Torres, afirmaba mi hoy mudo antagonista que no habian de faltarme contrincantes. Supongamos—á lo cual no me atrevo áun—que ha desaparecido uno. ¿Qué mejor ocasion que la presente para demostrarme el plurar de esa palabra?

En último caso, si esto no sucediera, si veo el silencio más profundo en contestacion á estas líneas, esperaré pacientemente el regreso del Sr. Torres Solanot, quien creo no se niegue á satisfacer mis justos deseos.

Si por el contrario, veo desvanecida esta esperanza, *La Tribuna*, que tantas muestras da como su antecesor *El Globo* de justicia é imparcialidad, espero no negará cabida á la continuacion de artículos en contra del espiritismo, áun cuando no haya quien se digne y me honre dándoles contestacion.

Si por acaso esto no sucediera, yo creo cumplido sobradamente mi deber con pedir la satisfaccion de las anteriores preguntas, que si muchos son, pocos parecen por lo *discretos* en esta polémica.

Nada me resta que decir. Ni vitupero al Sr. Huelbes ni tampoco al espiritismo; aquel no lo merece, puesto que es desconocida y acaso pueda ser justa la causa de su mutismo, y éste no se combate con denuestos ni con ofensas, sino con un imparcial estudio de sus bases y creencias especiales.

¿Me obligará la necesidad (no mi deseo) á pagar con silencio el silencio de mi contrincante?

No habremos de tardar mucho tiempo en hallar la solucion de este problema, tan sencillo como insignificante, para algunos, como lleno de ideas y pensamientos para otros.

ADOLFO SUAREZ DE FIGUEROA Y ORTEGA.

Para desvanecer la duda del Sr. Figueroa de que halláran cumplido efecto las palabras del Huelbes, así como respondiendo al deber que tenemos de defender la doctrina, la Redaccion de EL ESPIRITISMO designó para sostener la polémica á nuestro querido hermano Manuel Gonzalez, quien inmediatamente dirigió las dos siguientes catas.

REMITIDO.

Manzanares 23 de Setiembre de 1876.

Sr. Director de *La Tribuna*.

Muy señor mio y de todo mi respeto: Acaba de llegar á mis manos el núm. 110 del ilustrado periódico que tan digna como acertadamente dirige, y leido su primer artículo intitulado *La mágia contemporánea.—Dudas y preguntas*—Me considero en la obligacion, como espiritista que soy, de responder al llamamiento que, quien lo suscribe y por silencio del Sr. Huelbes, hace de un sustituto que con él discuta las doctrinas de la filosofía que combate, y que yo con íntima y profunda conviccion profeso, predico y defiendo.

En consecuencia, señor director, solicito de su amabilidad me dispense el favor de dar cabida en las columnas del citado periódico, tanto á esta carta, como á la que adjunta incluyo, dirigida al autor del referido artículo, por lo cual le quedará altamente obligado y profundamente reconocido su afectísimo S. S. Q. B. S. M.—*Manuel Gonzalez Soriano.*

Manzanares 23 de Setiembre de 1876.

Sr. D. Adolfo Suarez de Figueroa y Ortega.

Muy señor mio y de mi más alta consideracion: Acabo de conocer su prudente y sensato artículo, á que en la carta que dirijo al señor director de este periódico hago referencia, y para demostrarle la verdad del aserto lanzado un dia por su actual antagonista, de que «no habian de faltarle contrincantes,» yo, el último soldado de los que á retaguardia forman en la inmensa falange espiritista, me ofrezco humildemente por su adversario en la noble y provechosa discusion que intenta realizar, siempre y cuando continúen las causas que al Sr. Huelbes le hayan obligado á guardar ese silencio de que tanto se lamenta.

Ruégole á V., por tanto, modere su impaciencia hasta saber en qué consiste su mutismo, y tenga por seguro que en el árduo trabajo de la investigacion de la verdad, nunca ha de faltarle un espiritista sincero que le ayude.

Aprovecha esta propicia ocasion para ofrecérsele muy atento afectísimo S. S. Q. B. S. M.—*Manuel Gonzalez Soriano.*

El Sr. Figueroa, que no tardó en contestar al Presidente del Círculo espiritista de Madrid, *Progreso Moral*, con motivo de haber salido á la defensa dirigiendo un remitido á *La Tribuna*, nada ha dicho sobre la carta de Gonzalez, lo cual nos explicámos sabiendo que se halla de regreso en la córte el Sr. Vizconde de Torres-Solanot, quien inmediatamente se ha hecho cargo de sostener la polémica originada por su artículo bibliográfico sobre *Marietta*.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Los ingleses tienen la monomanía de viajar, y nosotros, siguiendo la inveterada costumbre de los hijos de Albion, viajamos cuanto nos es posible; no recorriendo precisamente diversos lugares, pero sí examinando detenidamente en una poblacion los distintos centros donde la vida se manifiesta en sus multiplicadas y variadas fases.

A estos intencionados y observadores paseos, los llamó un escritor francés (muy oportunamente) viajes por la sociedad; nombre gráfico y apropiado para las impresiones que reciben las almas pensadoras durante su permanencia en la tierra.

Siempre nos ha gustado pasar simultáneamente del palacio á la cabaña, del templo al teatro, del valle á la cúspide del monte, del infecundo arenal al delicioso vergel, del globo aereostático á la barca de pescadores: porque así es como hemos visto destacarse en perfecto relieve el grupo gigantesco llamado sociedad.

Ultimamente hemos visitado en el trascurso de dos dias una cabaña y un palacio.

En la primera irradiaba la luz.

En la segunda dominaba la sombra.

II.

En una tarde de estío llegamos á una casita de campo.

Blanca y risueña.

Modesta y humilde.

Un hombre de unos 50 años, de rostro agradable y franca mirada, salió á nuestro encuentro, y nos condujo á una habitacion decorada con rústica sencillez.

En ella vimos á una muger que parecia contar 36 inviernos, la que no pudimos menos que mirar con profunda fijeza, por que era uno de esos séres que atraen dulcemente, que es necesario contemplarlos y leer en ellos el dístico divino de ingenuidad y amor.

Tenia unos ojos grandes y serenos, de una mirada límpida y tranquila.

Magnificos cabellos coronabán su frente, y entre los pliegues de su falda se escondian las puntas de sus apretadas trenzas.

¡Qué hermosa estará aquella muger en el momento en que sus cabellos, libres de la prision á que los reduce el peinado, floten en torno suyo, envolviéndola en el manto más bello que puede adornar á una hija de Eva!

Una niña tan simpática como ella apoyaba su cabecita en el hombro de su madre.

Nada más idéntico que aquellas dos fisonomías.

La misma espresion.

La misma sonrisa.

La misma dulzura.

Allí se veia un alma con dos cuerpos.

La niña era el crepúsculo matutino.

La madre era el crepúsculo vespertino.

¡Hora suprema! en que la naturaleza se reviste con todas sus galas.

Grupo encantador que no nos cansábamos de admirar.

¡Revelaban tanta bondad aquellos dos semblantes!...

Las personas buenas tienen una atraccion magnética. ¡Nos encontramos tan bien al lado de ellas!...

Las horas pasaron, y dejamos con sentimiento aquel lugar apacible y tranquilo, llevando fotografiados en nuestra mente aquellos tres séres.

El padre.

La hija y la nieta.

Trinidad formada por la honradez, por la ternura y por el candor.

Séres virtuosos que no tiemblan al recordar su pasado, que se resignan con su presente, y sonrien ante su porvenir.

Estos séres nos hacen entrever esa soñada felicidad tras de la cual corremos anhelantes toda la vida.

Hay en estas criaturas una superioridad innegable. Instintivamente hay que inclinar nuestra frente ante ellas, y murmurar con recogimiento:

¡Benditas sean las almas virtuosas! . . . .
. . . .
. . . .

III.

Al dia siguiente de nuestra visita rural, nos encaminamos á un palacio.

Llegamos á él, y cruzamos un precioso jardin.

Subimos una escalinata de mármol blanco, y penetramos en una de sus grandes habitaciones.

En un lecho decorado con sencillez y esquisita limpieza, se encontraba un hombre de edad mediana.

Sus ojos habian perdido la luz.

Su mente la razon.

Su cuerpo, dominado por horribles convulsiones, habia perdido su primitiva forma, y sus manos huesosas estaban doblegadas, formando una torcida C.

Fuertes ligaduras las mantenian sugetas á la cama.

Sus ojos, espantosamente abiertos, tenian la fijeza dolorosa que les queda á los de los cadáveres que no han tenido una mano compasiva que cierre sus párpados.

Sus cabellos grises caian á lo largo de sus sienes, empapados de sudor.

Su entreabierta boca daba paso á gritos guturales, y á roncos y desgarradores gemidos, que repetia el eco por los solitarios salones.

Sin darnos cuenta de ello, al ver aquella cara angulosa, rigida, seca, sombria y amenazadora; al ver aquellos ojos desmesuradamente abiertos, fijos, inmóviles, que impresionaban penosamente; recordamos al honrado campesino á quien visitamos la tarde anterior, y dijimos con intima y triste conviccion:

¡No hay culpa sin pena!...

¡No hay sacrificio sin recompensa!...

¡Cuán bueno habrá sido el labriego que vimos ayer!

¡Qué historia tan horrible tendrá el pobre loco que contemplamos hoy!...

Su semblante es el lema tras el cual están las páginas sangrientas de sucesivas encarnaciones.

En ese rostro están las huellas de la cólera reconcentrada de muchos siglos, y los espantosos remordimientos de multiplicadas existencias.

Nosotros inclinamos nuestra frente casi hasta tocar la suya, queriendo recoger en su fatigosa respiracion algun eco perdido de sus amenazas ó sus lamentos de ayer; y mientras más lo mirábamos, más se transfiguraba para nosotros aquel semblante, y nuestra mente lo veia.

Jóven y vigoroso.

Violento é imponente en su ardiente arrebato.

¿Qué habrá sido este hombre?..... preguntamos con amargo acento.

Uno de los servidores del infeliz loco nos contestó del modo siguiente:

IV.

El desgraciado que veis retorcerse en ese lecho del dolor y que hoy vive muriendo, hace algunos siglos que fué un monarca poderoso, fiero y sanguinario.

Muchos inocentes sucumbieron en el cadalso por órden suya.

Su sed de sangre era insaciable.

Cometió mil y mil actos de ferocidad, manchando las horas de su vida.

¡Al fin murió!...

Segun cuentan las comunicaciones de ultra-tumba, encarnó de nuevo con el buen propósito de mejorar su condicion moral.

Su espíritu rebelde se dejó arrastrar nuevamente de sus miserables y bárbaros instintos, y numerosas víctimas cayeron á sus piés.

¡Dejó la tierra!

Volvió á ella, y en su presente existencia no nos es dado aún revelar los hechos de su vida; pero, (añadió el criado bajando la

voz, temeroso que los ecos repitieran sus palabras), dicen, aseguran... que tambien ahora ha caido en el abismo de la agresion y de la violencia; despues... despues afirman que se levantó, y al encontrarse fuera del caos, al mirarse á si mismo, su razon se ofuscó.

Una nube de sangre flotó ante sus ojos, y desde entonces los remordimientos despedazan su corazon, aniquilan su ser, y es uno de los séres más desgraciados que se arrastran en el desierto de la tierra.

Escuchamos con religioso silencio á nuestro interlocutor, y despues de mirar al triste loco, abandonamos la suntuosa estancia.

Cuando nos encontramos fuera del palacio, lo contemplamos algunos momentos, reflexionando lo siguiente.

V.

Cuántos mendigos se pararán ante esta lujosa casa y dirán con amarga envidia:

¡Qué dichosos son los ricos!...

¡Aquí todo está de sobra!.... En cambio á los pordioseros todo les falta...

¡Errores humanos!

¿Quién será más desgraciado?

¿El pobre que pide pan, ó el rico que entre horribles convulsiones pide misericordia?...

¡Ay! del poderoso que vive como Tántalo, viendo el agua y sin poder beberla.

¡Asi son todas las apreciaciones humanas!

Los séres que más envidia nos causan, son muchas veces los más desgraciados.

¡Qué bien dice el Evangelio!

Los postreros serán los primeros en la casa del Señor.

En el mundo los pobres son la última capa social para los nobles magnates y para los plebellos ricos; y sin embargo, los indigentes, honrados y compasivos, tendrán mañana la púrpura imperial; y los próceres avaros y déspotas tomarán los harapos que los mendigos dejaron.

No hay más que una riqueza positiva.

¡La tranquilidad del alma!

Teniendo ese inestimable tesoro, el peligro no nos arredra;

porque en todas las tormentas de la vida el áncora de la esperanza nos ofrecerá su seguro puerto: mas cuando esta falta, de nada nos sirven las riquezas de la tierra.

¿De qué le han servido al pobre loco, que ayer vimos rodeado de esa lujosa comodidad, de esa fastuosa opulencia, que no le evita el más leve dolor?

En cambio el humilde campesino que riega la tierra con el sudor de su frente, el que vive separado de todas las distracciones y los placeres que ofrece una gran capital, lo vimos sonriente, risueño, tranquilo, mirar embelesado á su hija y á su nieta diciendo con acento conmovido:

¡Mi hija! ¡Oh! mi hija es el todo en la tierra para mí!...

¡En la cabaña irradiaba la luz!

¡En el palacio dominaba la sombra!

¡Riquezas humanas! ¡Cuán poco valeis!

¡Dones espirituales! ¡Feliz quien os posee!...

Jamás olvidaremos á la hermosa campesina y al pobre loco.

La primera simboliza la paz.

El segundo á la desesperacion.

¡Cuán hermosa es la luz!

¡Qué triste es la sombra!

Roguemos por aquellos desgraciados cuyos desaciertos los han convertido en verdugos de sí mismo.

La inquisicion de Torquemada existe todavia; y existirá en tanto que el hombre imitando á Cain, mate á su hermano.

El potro de sus recuerdos triturará su razon, como ha triturado la del rico enfermo que ayer tuvimos ocasion de ver.

Convénzase la humanidad que el *hombre-espíritu no muere nunca*: que su memoria, libre de las trabas materiales, recordará eternamente los crímenes que haya cometido; y la locura no es otra cosa que el peso de nuestras culpas.

Hermanos queridos, aligeremos nuestra carga.

Pesan tanto los remordimientos!

¡Es tan triste vegetar en la sombra!

Busquemos, busquemos infatigablemente un rayo de luz.

La luz es la vida,
La sombra es la nada,
La triste jornada
Sin aire ni luz.

Busquemos, hermanos,
Con noble porfía,
La aurora de un dia
De paz y virtud.
El sol del talento,
La luz de la idea;
¡Enseña que ondea!
¡Gentil pabellon!
Estiende en el mundo
Tu manto brillante,
Y un himno te cante
La humana razon.

No lo olvidemos nunca, espiritistas: de nosotros depende únicamente la regeneracion de nuestro espíritu.

Seamos buenos, siquiera por egoismo; que la virtud es como el sol, que para todos brillan sus rayos.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Barcelona.

LA LIBERTAD DEL ALMA.

Soñaba que mi aposento
Trasparente se tornaba,
Y desde él al firmamento
Mi espíritu se lanzaba
En alas del pensamiento.
En completa libertad
Dios á mi espíritu puso;
Satisfacer mi ansiedad
Su infinito amor dispuso
Dándome la libertad.
Lo eterno por perspectiva
Y en el alma cabalgando,
Emprendí mi marcha activa
Una direccion tomando
Tan veloz cual decisiva.
El espacio recorria
Cada vez más insondable;
Que mi alma se proponia
Averiguar si era dable

Llegar al fin que queria.
Lo que mi vista alcanzaba
El telescopio no vé;
Y en el punto que pensaba,
Sin saber cómo y por qué,
En el momento me hallaba.
Y otro punto, el más distante,
Por estos medios extraños
Lo dominaba anhelante
Costando á la luz mil años
La marcha que á mí un instante.
El que súbito me viere
En esta fugaz carrera
Sabrá si lo percibiere,
Que el alma vá tan ligera
Cuanto el pensamiento quiere.
De otro objeto imperceptible
Siempre caminando en pos
Con ansiedad indecible,
El alma buscaba á Dios
En su manantial sensible.
Y los mundos traspasaba
Como sombras que se van;
El alma no se cansaba;
Y su temerario afan
Más tenaz se redoblaba.
Ya fijaba la atencion
En los múltiples colores;
Que colores otros son,
Hiriendo sus resplandores
Los mundos en formacion.
Y soles desconocidos
Con sus luces combinadas,
Y en sus luces confundidos,
Alumbraban las cascadas
De los mares de fluidos.
Ya, por montañas traspasa
De rosa, blanco y azul
Donde el arte no halló tasa;
Ya por praderas de tul,
Ya á laberintos de gasa.
Presta la flor que lo esmalta
Fragante aroma y poesia;
Y el arroyuelo que salta
La música y armonia,
Para que nada haga falta.
Siempre explendoroso Eden
De capricho sin igual;

Que el éter que es el sosten
O el principio universal,
Es de materia tambien.
  Espíritus por do quiera
Dando vida y movimiento,
Ya sujetos á una esfera,
Bien cruzando el firmamento
Dentro de mundos y fuera.
  Un contraste encantador
Á mi vida se ofrecia
Cual divino resplandor,
Y pregunté; ¿Do hallaría
La causa de tanto amor?
  Á dónde, el afan prolijo
Llegará? Dónde me encuentro?
Y un espíritu en mi fijo:
«Del infinito en el centro
Siempre te hallarás, me dijo.
Dios está donde tú estás
Y lo ves y no le hallas;
Eterno cielo verás
Mas allá de donde vayas.»
  Y al saber que á Dios no es dado
Buscar con tenaz empeño,
Di la vuelta fatigado
Y me desperté del sueño.

FRANCISCO YMEDIO.

SUSCRICION

A FAVOR DEL HERMANO D. ANTONIO BAÑON.

Suma anterior..	280	rs. vn.
Tomás Marta, Válencia	8	»
Círculo de la Nueva Buena de Gracia.	120	»
M. L. — Ubeda..	16	»
M.no M.to »	8	»
P. G. »	8	»
B. M. »	8	»
I. T. »	8	»
I. B. »	4	»
T. C. »	8	»
M. B. — Huelva.	16	»
TOTAL.	484	»

ESTABLECIMIENTO TIP. DE JOSÉ M. ARIZA, GÉNOVA 48 Y DUENDE 4.